



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10988

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jeño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 11 DE ABRIL DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION
Y
EL FÉNIX ESPAÑOL
COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS



AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
34 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPañIA, Caballos 15.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-
tracción y desagües. Especialidad
en cables y cuerdas de alambra, acero
y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos,
martillos, azadas, legones, palas,
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-
les y toda clase de maquinaria

¿POR DONDE VAMOS?

Lo que no se concedió por los
oficios de la joven América se ha
concedido por los consejos de la
vieja Europa. El armisticio, que se
aseguro no se otorgaría á los re-
beldes mientras éstos no lo pidie-
ran, se ha concedido ya sin que los
separatistas lo soliciten.

Corta ó larga, el armisticio es
una tregua que debe servir para
algo; y, ó nosotros no entende-
mos una palabra de estos asuntos,
ó esa tregua no tiene por objeto

procurar algunos días de descanso
á las fuerzas combatientes y per-
mitir que se aproximen para darse
los buenos días.

Esa tregua que España abre en
la contienda cubana, por respetos
á Europa, es sin duda para pac-
tar; pero como los rebeldes no
quieren oír proposiciones que no
se basen en la independencia de
Cuba, ignoramos cual será la ma-
teria del pacto, y si dará resul-
tados éste. Lo que sí sabemos es
que al concederles el armisticio,
les hemos reconocido lo que nos
irritaba que les concedieran los
senadores del Capitolio: belligeran-
cia.

Nos encontramos en presencia
de un incidente que ni lo esperá-
bamos ni conocemos su desarrollo.
Ya se conocerá para que sea juz-
gado por la crítica. Mientras tanto
consignamos hechos y establece-
mos consecuencias.

Abiertas negociaciones durante
la tregua, los rebeldes las acep-
tarán ó no. En el primer caso el
pretexto de la ingerencia de los
Estados Unidos habrá terminado;
en el segundo los rebeldes volve-
rán á encastillarse en la manigua,
continuará la guerra, los yankees
seguirán enviando expediciones á
Cuba y volverán á plantearnos el

problema de la fuerza en las mis-
mas condiciones que ahora.

¿Qué harán entonces nuestros
amigos de Europa? ¿Se retirarán
á campo neutral para presenciar
la lucha ó se pondrán á nuestro
lado para impedir que nos des-
pojen de lo que tanta sangre y tan-
tos tesoros nos cuesta?

El tiempo se encargará de con-
testar esta pregunta. Nosotros nos
la hemos contestado mentalmente,
y por sobrado pesimista la deja-
mos en reserva.

El armisticio no ha sentado bien
en general. El país, que no desea
la guerra, y lo prueba con su acti-
tud, se ha enterado de él con des-
confianza. La prensa lo censura
acerbamente y los que todo lo
aprovechan para hacer política,
toman pretexto de ese asunto
para concitar el país contra el go-
bierno.

El armisticio va á durar poco
tiempo, menos de una semana;
pero en ese plazo hemos de reco-
rrer un camino no exento de peli-
gros.

Dios ponga acto en el gobierno
para dejar á salvo lo que quieren
los españoles: la integridad del
territorio y el honor de la patria.

GLORIAS NACIONALES

Sorpresa del castillo de
San Fernando de Figueras.
10 de Abril de 1811.

Con el concurso de unos buenos pa-
triotas de la plaza se procuró el capitán
D. Juan Centeno, de la segunda legión
catalana, una llave falsa de la poterna
que daba al foso desde el almacén de
viveres del castillo.

Hechos los preparativos que se cre-
yeron precisos, D. Francisco Rovira,
jefe de la mencionada unidad salió el
día 6 de Abril de 1811 de Esquirol á la
cabeza de 500 hombres.

Para despiatar al enemigo, lo cual
consiguó, hizo un movimiento de avan-
ce hacia Francia, y cambiando repenti-

namente de ruta, á favor de un fuerte
temporal, dirigióse á Vilarij, pueblo
distante tres leguas de Figueras.

En un bosque cercano permaneció
oculto con su tropa (que había ido reci-
biendo refuerzos en las poblaciones del
tránsito, hasta hacerla subir á mil y pi-
co de soldados) largo rato, esperando
la noche y convenientemente preparado
para evitar una sorpresa.

A la una y media de la madrugada
del día 10, el capitán Casas, al frente
de unos cuantos hombres escogidos, su-
bió por la esplanada, con las armas
ocultas, frente al hornabeque de San
Zenón, y metiéndose por el camino en-
cubierto descendió al foso; con la llave
falsa franqueó la poterna, y penetrando
en los almacenes subterráneos sorprendió
la guardia de la puerta principal.

El resto de las fuerzas de Rovira si-
guieron el camino del arrojado Casas, y
se distribuyeron con orden y táctica
admirables por la muralla, terminando
por sorprender y hacer prisionera á la
guarnición que dormía tranquilamente
en sus cuarteles.

Sin disparar un tiro y sin verter san-
gre, la plaza quedó en poder de los
nuestros, gracias á lo admirablemente
que se desarrolló el plan del esperto
D. Francisco Rovira.

El general gobernador de Figueras,
que los nuestros dejaron después en li-
bertad, fué hecho prisionero por las tro-
pas imperiales y condenado á muerte;
pero Bonaparte, en atención á sus mé-
ritos y antiguos servicios y conolido
por las súplicas de su mujer, le perdo-
nó la vida.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

LA LLEGADA DEL SR. MENÉNDEZ PELAYO

Ayer en el tren correo, llegó á esta
ciudad, el sabio Catedrático de la Uni-
versidad Central, Sr. D. Marcelino Me-
néndez Pelayo.

En la estación férrea fué recibido por
una comisión del Ayuntamiento, presidi-
da por el Alcalde Sr. Conesa Balanza, Di-
rectores y Catedráticos de los Colegios

de 2.ª enseñanza de esta ciudad, Te-
niente Vicario Castrense Sr. Medina,
comisión del Circolo Católico, presidida
por el Excmo. Sr. D. Luis Angosto y de
la que formaba parte el Sr. Galinsoga,
Auditor de Marina de este Departamen-
to Sr. Spottorno, Director y Propietario
de El Eco, Sres. Moncada y Palacios
(D. Juan) y otras muchas personalida-
des que dieron la bienvenida al viajero
ilustre, que por breve tiempo ha per-
manecido entre nosotros.

El Sr. Menéndez Pelayo, ha tenido su
alojamiento casa de nuestro amigo don
Ricardo Spottorno.

Hoy en el tren mixto, ha regresado
á Murcia el eminente hombre de ciencia
gloria de la patria, y si cariñoso y res-
petable ha sido el recibimiento que se le
ha dispensado, oarifiosa y respetable
ha sido la despedida.

Feliz viaje, deseamos al Sr. Menén-
dez Pelayo, sintiendo mucho que su es-
tancia en esta ciudad haya sido tan
corta.

Dos opiniones

Por ser de periódicos tan importen-
tes que reflejan las ideas de los parti-
dos que representan, copiamos las dos
siguientes opiniones emitidas por «El
Correo» y «La Epoca»:

«El Correo»

«Siempre serán respetables los mo-
vimientos de la opinión, expresados
con sinceridad y desinterés; pero con-
viene advertir para ilustración del
problema, que después del último im-
portante paso de las grandes potencias,
era imposible que el Gobierno que asu-
me tan grande responsabilidad, tomara
otro rumbo que el que ha tomado.

Mientras se ha tratado tan solo de
una intervención de los Estados Unidos.
el Gobierno la ha rechazado, y todavía
ha resistido, como todo el mundo sabe,
con gran cortesía, pero con firmeza, la
propuesta de Su Santidad inspirada en
un noble deseo de la paz; pero realiza-
da la mediación por todas las gran-
des potencias de Europa, expresa-
da, por cierto, en los términos más
amistosos y benévolos, el bien del Es-
tado aconsejaba no desairar sus conse-
jos, porque no se trata sólo del proble-
ma de Cuba.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 693

CARLOS II EL HECHIZADO

692

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 699

rrorizarme. Desengañada y satisfecha, solo me res-
ta decir una cosa.

—¿Qué?

—Que pienso casarme.

Un estremecimiento nervioso y repentino circuló
por todo el cuerpo de Asima. Su semblante se puso
lívido y sus ojos brillaron de una manera terrible.

—¡Casaros vos, Diana! exclamó con el acento
comprimido por el asombro.

—Sí, me caso. He encontrado un hombre digno
de mi corazón y quiero unirme á él.

El rostro de la mariscala traspiraba cierta pureza
y cierta alegría que trastornaron por un momento
al conde del Cisne. Este, dominado por un senti-
miento poderoso, inclinó la cabeza y ocultó el ros-
tro entre sus manos.

Después de este instante en que resplandecieron
en la frente de Asima esas nubes sombrías que son
las precursoras de las tempestades del alma, miró
detenidamente á Diana, desplegó una amarga son-
risa y preguntó:

—¿Y quien es ese feliz mortal que va á lograr esa
dicha?

—Es un secreto, conde

—¡Ah! ¿Con que es decir que me dejais solo?

—Me separo del pacto secreto que tenía hecho con
Luis XIV.

le mi renuncia, no ya del modo que había princi-
piado á redactarla, sino de otra manera distinta.

—¡Oh! callad, callad; exclamó Asima sintiendo
toda la fuerza de las razones de Diana. Verdad es
que nada hemos conseguido, pero dejando á un la-
do nuestro poder, se eleva una esperanza en nues-
tro horizonte.

—¿Cuál?

—La guerra de Cataluña, esa guerra que se inau-
gurará muy pronto y en la cual se gastarán infruc-
tuosamente esos cuarentas millones.

—Conde, las guerras nacionales son terribles
Del soldado que lucha porque se lo mandan al que
pelea por su independencia, hay una distancia
grande. El uno es un héroe y el otro es una máqui-
na; por lo tanto dejemos esas nuevas ilusiones.

—¿Con que es decir que estais decidida á aban-
donar vuestra misión?

—Sí, conde; contestó Diana con dulzura. Ha con-
cluido mi carrera política. Desde aquí en adelante
quiero vivir ignorada y tranquila; tal es mi deter-
minación. Además, ya pasó la efervescencia de mi
venganza, y mi juramento se ha gastado inútilmen-
te. Por eso bendigo á Dios. Lo he cumplido, pero la
fortuna ha hecho que no tenga motivos para ate-

mas supremas de las venganzas. Un hombre estaba
á vuestro lado, señora; un hombre que deploraba
en silencio la muerte de su amigo, en el día más fe-
liz de su vida, en el día de su casamiento. Aquel
hombre os condujo al rey; el rey reconoció vuestro
genio y os lanzó contra distintos pueblos, como esos
cometas misteriosos que Dios envía para el asombro
de la tierra. Aquel hombre fué vuestro satélite;
aquel hombre soy yo, y no puedo menos de admi-
rarme de oiros hablar de ese modo. En Holanda y
en Italia hemos luchado y vencido; en España, en
este país que os recuerda aquel drama y aquel jura-
mento, pensais retroceder. ¡Oh! no... eso es im-
posible.

—No es imposible, conde, dijo Diana serenándo-
se. Hay momentos de suprema desesperación y aquel
fué uno: los hay también de amargo remordimien-
to y este es otro. Hemos luchado, sí, hemos usado
del veneno, del puñal, del asesinato, de la intriga y
del terror, por alcanzar algunos triunfos sombríos
que han quedado sepultados en el fondo de los pa-
lacios; hemos recorrido la faz de la Europa como
dos agentes terribles, como dos arcángeles fanat-
tos... ¿Pero qué hemos conseguido? El odio y la ex-
ecración de unos, la persecución de otros, el anatema
de todos.